

Benedicto Chuaqui

Hidrofobia



HACIA un tiempo delicioso. El cielo estaba intensamente azul y de los jardines que rodeaban nuestra casa se desprendía un tibio aroma a flores y a hojas nuevas. Finalizaba octubre, la época más hermosa de Santiago, y allí, en el Barrio Alto, parecía estar de fiesta la naturaleza, porque el vientecillo juguetón era como una onda de oro y de perfumes.

Mientras leía el diario, reposadamente, estaba oyendo la algarabía de los chicos de nuestros vecinos, un matrimonio suizo, excelentes personas, tranquilas, alegres, reposadas. Aquellos diablillos que casi llegaban a la docena, con todas sus ventoleras y travesuras no habían logrado descomponerles los nervios a sus padres. Era día domingo, y estaba toda la familia reunida. Sanos, colorados, de ojos brillantes y labios encendidos esos muchachitos respiraban salud y vitalidad por todos los poros.

No cesaba un momento de oír sus voces, ya riendo o lanzando exclamaciones y gritos de alegría.

—¡Mamacita!, Rodolfo me está tirando el pelo.

—No es cierto, mamá. ¡Qué mentirosa es la Elsa!

—¡Federico!—gritaba el papá con su voz gruesa y lenta—no te vayas a caer de ahí.

Trataba de contraerme a mi lectura y no podía. Me tenía cogido ese alegre rumor de niños que venía desde la otra casa. De pronto oí la voz de mi mujer que me llamaba:

—¡Antonio!

—¿Qué hay?, respondí sin moverme, ni siquiera para descabargar la pierna que tenía sobre la rodilla.

—¡Ven, ven!—decía mi mujer gozosa.—Ven a ver a la niña como se ríe. Está contenta. ¿Verdad que se pone más bonita cuando se ríe?

Al acudir presuroso al llamado de mi mujer la hallé de pie en la vereda de lozas, que unía la puerta de rejas del pequeño jardín de nuestro chalet, con la que daba acceso a las habitaciones. Extasiada, Leonor, contemplaba a nuestra diminuta Paty, que reía feliz, lanzando su pelota al gato, para quitársela en seguida por medio de una cuerda elástica.

Y en cada ocasión que el gato se veía defraudado, cuando más feliz estaba en la creencia de poder jugar con la pelota, Paty soltaba una alegre carcajada al retenerse la

—¿Verdad que está linda?—me repitió mi mujer.

Yo, en realidad, no la encontraba muy bonita que digamos. Flacucha, pálida, con las piernecillas delgadas, señal evidente de su raquitismo, no era, precisa-

mente, el ideal de hijo que mi ilusión había imaginado. Pero, temiendo despertar las iras de Leonor y sin deseos de exponerme a pasar por un padre desnaturalizado, asentí, diciendo:

—De veras, está preciosa.

No hay duda que yo adoraba a aquel pequeño ser, y me descorazonaba verla tan frágil, tan delicada, tan enfermiza. Un día, estaba con dolor de cabeza, al día siguiente con colitis, al otro con vómitos, con tos o romadizo. ¡Al diantre!—era una calamidad nuestra pobre chica. Y por esto mismo, su salud nos mantenía en permanente estado de inquietud. Médico, enfermera, remedios, tónicos, etc., era el pan de todos los días. Por esta razón, cuando la veíamos alegre y juguetona, nos sentíamos transportados de felicidad.

—¡Paty está contenta! Paty se ha reído. Paty estaba cantando...

La pequeña se percataba de nuestra debilidad. Y nos mantenía esclavizados a sus más absurdos caprichos. En el hecho era ella quien imponía su voluntad en la casa. Y no había medio de contrarrestar ese dominio, porque, a la menor negativa, armaba el más espantoso berrinche de gritos, pataleos y llantos. No quedaba otro camino que el de someterse. Por lo menos yo lo comprendía así, pues de otro modo me exponía a los arrebatos de mi mujer, que desde las más tiernas y cálidas expresiones de amor, pasaba con inusitada rapidez a los estallidos de cólera más violentos, en los cuales me ponía de oro y azul, sacándome los

defectos que yo tenía y los de mis parientes hasta las generaciones más remotas.

Paty, no obstante sus cortos años, tenía la agudeza suficiente para darse cuenta de los difíciles conflictos conyugales que podía suscitar cualquiera oposición de mi parte para acceder a los disparatados antojos que su enfermiza voluntad nos imponía. De esta suerte, tanto mi mujer como yo, pasábamos ante aquella diminuta criatura como los más humildes vasallos.

Pero el lector que se interese por leer esta breve historia que muestra un aspecto de la vida conyugal, se extrañará, sin duda, de que fuésemos tan excesivamente asequibles con nuestra pequeña Paty. Y sólo nos encontramos razón para tal flaqueza cuando le expliquemos que los dos nos casamos, alimentando la ardiente ilusión de tener un montón de hijos. Tantos como nuestros vecinos, cuyos chicos con su jubilosa algarrabía provocaban nuestra secreta envidia. Esa expectativa constituía nuestra mayor dicha.

No obstante, pasaron los años sin que vislumbráramos la posibilidad de que Leonor, mi buena esposa, se sintiera con los síntomas del embarazo. Poseídos de inquietud, acudimos a pedir la ayuda de médicos, yerbateros, comadronas y brujas que, con sus cábalas y hechicerías, nos llenaban de esperanzas.

Mas, a pesar de nuestras reiteradas diligencias, el ansiado vástago no arribaba. Mi mujer permanecía enjuta y esbelta, sin intenciones de adquirir esa deliciosa torpeza que caracteriza a las mujeres grávidas, y

hace la ventura de los que ya se sienten padres de un hijo en que se perpetúe su estirpe. Los más afamados galenos que me examinaban, me declaraban en perfecto estado de virilidad, e igual cosa le decían a mi mujer, que gozaba de una espléndida salud. ¿Cuál era, pues, el oculto secreto de la naturaleza que nos impedía disfrutar de tan anhelada felicidad? Misterio que cada día hacía más triste nuestra estéril aspiración. Sin embargo, seguíamos consultando especialistas y oyendo con religioso fervor los consejos que nos daban las hechiceras, los cuales cumplíamos al pie de la letra por más extraños y ridículos que fueran. Algunos eran «secretos de naturaleza», nos llenaban de la más íntima y emocionada esperanza.

Hasta que por fin, después de media docena de años, mi mujer pudo darme un día la fausta nueva. ¡Estaba encinta! Al comprobar su estado por medio de un prolijo examen médico, nuestra dicha no fué para descrita. Fué una verdadera embriaguez de júbilo. No era otro el comentario que se hacía entre los miembros de mi familia y de los numerosos amigos que concurrían a felicitarnos. Yo estaba orgulloso y tenía la convicción de que sería un robusto varoncito el primero que llegaría a alegrar nuestra casa con su voz infantil.

Pero nuestra dicha fué demasiado efímera. Sin causa aparente, mi mujer, de un momento a otro se sintió mal, y perdió la criatura. Seguramente a su dolencia física se unió el pesar del espíritu, pues estuvo tan grave que casi le costó la vida aquel desgraciado per-

cance que venía a echar por tierra nuestras mejores expectativas.

Transcurrieron los días, y el dolor vino a sumarse, para soñar otra vez con nuestra misma ilusión. Y una tarde en que recién concluíamos de almorzar, y estábamos escuchando en silencio las risas y el barullo de alegría de los niños de nuestros vecinos, mi amada esposa, Leonor, recordó que posiblemente su aborto se debía a un ligero altercado que tuvimos el día que aconteció su desgracia. Y es probable que ella tuviera razón, porque nosotros, sin diferenciarnos en nada de los demás matrimonios, teníamos frecuentes reyertas conyugales. Son «la sal de la vida», y sin ella la dulzura de una reconciliación, nos habría sido completamente desconocida.

Porque nosotros, ya estoy de confianzas, debo decirlo, discrepábamos a menudo de opiniones. De esta semejanza de ideas, pasábamos a hacernos reproches bastante duros, y cuando ya, mutuamente, no hallábamos qué enrostrarnos, comenzábamos a ridiculizar a nuestros parientes, y de ahí a los amigos más íntimos. Y muchas veces [triste condición humana]—llegábamos a burlarnos de nuestros propios servidores. Ella, de mis empleados de la oficina, y yo de sus sirvientes domésticos. Era un torneo en el cual no nos dábamos tregua, y, a fe mía, si he de ser sincero, he de declarar que tenía en mi adorada Leonor, un digno contendor, que se batía denodadamente, y que generalmente

me impelía a abandonar el campo de batalla con más trazas de vencido que de vencedor.

Estas son intimidades que no se las confío a nadie, si no fuera porque necesito desahogarme, anotando sus incidencias sigilosamente en estas cuartillas. Recuerdo que en esas ocasiones, yo salía violentamente de la casa, dándole un portazo a la reja y haciendo propósitos de energía y de carácter fuerte. Mi adorada Leonor, por su parte, no hacía ningún amago de acercarse a mí para darme con muchos besos su cotidiana despedida.

—«Vendrás temprano, mi hijito? Háblame por teléfono apenas llegues a la oficina».

En esos días, yo no volvía a comer, y en la noche llegaba lo más tarde posible a casa, a fin de encontrar a mi mujer dormida. Aunque era lo mismo, porque si no lo estaba, ella fingía estar sumergida en el más profundo sueño. Por las mañanas yo me mostraba indiferente y altanero, y ella distraída canturreaba como si yo no existiera. Pero no éramos muy sufridos. Al tercer día ella ya no cantaba y yo cambiaba mi arrogancia por una exagerada cortesía. Era el camino para que ninguno de los dos se sintiera ofendido en su dignidad. ¡Dulce y pueril encanto de la dicha conyugal!

Y en esta última oportunidad, cuando vino la reconciliación, concordamos en que circunstancias completamente ajenas a nuestro deseo habían originado el desprendimiento del feto. Y en esto estuvieron plena-

mente de acuerdo mi suegro y mi suegra y toda la parentela.

Empero, yo, que continuaba decididamente empeñado en tener muchos hijos, convine para mis adentros, que era mejor suprimir por un tiempo «la sal de la vida». Traté de darle a mi mujer sólo motivos de alegría y de placer. Renovar, si era posible, esa deliciosa luna de miel, cuyos pasajes evocábamos con íntimo gozo en los momentos en que nuestro amor adquiría todas las delicadezas y finezas de un noviazgo.

[Buen camino fué aquél! Y muy luego, como si la alegría llevara el germen de la fecundidad a nuestro hogar, mi adorada Leonor de nuevo se sintió grávida. Más, ¡ay!, desventurado de mí. Sin que esta vez intervinieran molestias y desagradados, ella volvió a perder la criatura. Y así como esta vez sucedió lo mismo en otras cinco ocasiones.

Esta circunstancia tan penosa nos llevó a la más tremenda desesperación. Alguien, enterado de nuestro drama, nos aconsejó recurrir a un famoso médico ginecólogo que tenía una larga experiencia adquirida en los círculos médicos más importantes de Europa. Como el náufrago que se agarra de un madero, así nos fuimos derecho a consultar a ese célebre médico que pondría atajo a nuestra desgracia.

Y ya en presencia del eminente facultativo nos sentimos cohibidos, como si ante un confesor fuésemos a revelar nuestras culpas. El médico, que era un excelente hombre, oyó todos los detalles de nuestra desven-

turada historia, y procedió a examinar a mi mujer con la más minuciosa atención. Era un hombre sabio sin duda, pues, mediante sus cuidados y recomendaciones, mi esposa, mi adorada Leonor, pudo al fin cumplir sus nueve meses de embarazo, y dar a luz una niña: a nuestra amadísima Patricia. Paty, como la llamábamos, ansioso de resumir en esas cuatro letras todo nuestro cariño por ella.

Paty era un ser diminuto. Frágil, raquítica, delicada. Apenas pesó un kilo y medio al nacer: menos de la mitad de lo que debe pesar una criatura normal. Sin embargo, las circunstancias no eran para reclamarle al buen Dios. Nos hacía dichosos mezquinamente, pero no debíamos quejarnos. Lo doloroso hubiera sido que Leonor, mi amada esposa, hubiera quedado estéril después de tantos abortos. No debíamos estar descontentos. Un hijo era un hijo, y era el germen de la verdadera felicidad. Por lo demás, el doctor nos aseguró que eran frecuentes los casos en que niños nacidos en tan precarias circunstancias, llegaban a ser fuertes y lozanos. Dependía en gran parte de la crianza.

Ante esta afirmación del ilustre galeno, nuestras inquietudes se disiparon. Con ojos ilusionados creíamos ver a Paty con los carrillos regordetes y sonrosados, pero a la larga habíamos de convencernos de que seguía debilucha, y con todos los caprichos de los niños enfermos. Esto dió pábulo a muchos chismes de nuestros parientes. No recuerdo si he anotado en estas cuarti-

llas que Leonor era mi prima. Y los que murmuraban decían:

—Casamiento entre parientes, no puede resultar de otro modo. Los hijos son enfermos, cuando no degenerados.

Aquel rumor corrosivo llegó hasta nosotros haciéndonos sufrir. Acudimos de nuevo donde nuestro médico, para consultarlo si era verdad aquello que se aseveraba malévolamente. El doctor nos dió una larga disertación, nos citó casos y autores que habían hablado sobre la materia. Al final no entendimos nada. Sólo sacamos en limpio de que para la salud de nuestra pequeña Paty era absolutamente necesario que nos mudáramos al barrio alto. El clima, el aire, influirían en la salud de la niña más que toda una droguería de tónicos y específicos.

No lo pensamos ni un instante. Al mes siguiente nos fuimos a vivir a una de esas poéticas calles orilladas de árboles desde las cuales todas las tardes se puede contemplar, muy de cerca, el maravilloso espectáculo de la cordillera florecida de luces resplandecientes. Allí nos dedicamos al cuidado de nuestra hija que no obstante sus caprichos y melindres, se daba perfecta cuenta de nuestra constante preocupación por su salud.

Persuadida de que allí no se hacía nada más que su voluntad, la pequeña convertía en terribles problemas las cosas más sencillas. Darle su comida ya era un acto heroico. Y un remedio, era un acontecimiento de proporciones increíbles. Lloraba, pataleaba y se

descomponía en tal forma que nosotros consternados, nos olvidábamos de nuestros propósitos, para dedicarnos a tratar de volverla a la normalidad. De este modo nunca sabíamos si nuestra amadísima Paty, lloraba o se quejaba por una dolencia, o lo hacía simplemente por capricho.

Y esa tarde a que aludí al comienzo de este relato, era el cumpleaños de Paty, el 23 de octubre. Aguardábamos a nuestros convidados para celebrar su aniversario en compañía de nuestros parientes y amigos. Felizmente, la niña estaba de buen humor ese día, y su inocente juego con el gato, al cual engañaba con su pelota, le dió motivo para reírse a cada rato, recordándosele a la mamá.

Llegaron las visitas, y ya estábamos en el comedor, dispuestos a servirnos el té y otras viandas que para el caso había preparado Leonor, cuando Paty, intempestivamente, manifestó sus deseos de salir a pasear por la Avenida. ¡Se ahogaba en el comedor! Llorando insistió en sus deseos de salir, en tal forma, que no hubo manera de disuadirla, por más que le ofrecimos los manjares más exquisitos.

—¡Nadal Paty fué más explícita: Dijo que la aburrían las visitas, y que si no la sacaban de allí se iba a caer muerta en seguida.

Rápidamente me dispuse a darle en el gusto. Ya se las arreglaría de alguna manera Leonor con sus visitas. Pero en ningún caso expondríamos a Paty a un trastorno nervioso, o cualquier accidente en su salud.

Sin tomar para nada en cuenta los murmullos de desaprobación por su actitud, cogí a mi pequeña en los brazos. Alcancé a oír que decían:

—Por Dios, que niña tan mal criada.

Otra agregaba con gesto ácido:

—Les dará muy malos ratos.

Y un tercero completó:

—Le labran la ruina a sus hijos de este modo. En gran parte son ellos los culpables de la mala salud de esta pobrecita.

Y una vieja, pariente de mi adorada Leonor, corroboró:

—Tanta miel empalaga. Ya verán ellos mismos las consecuencias funestas.

Seguramente tenían razón. Mas ¿cómo dejar a Paty allí, ahogándose en el comedor, exponiéndola a un ataque o un desmayo? Aquella gente no sabía lo que decía. Las censuras me dieron más ánimo, y salí hacia la avenida, llevando a la chica sostenida de la mano.

Ya, afuera, ella se regocijó. Y al pasar junto al jardín de nuestros vecinos Graft, los suizos, padres de tan numerosa prole, atrajeron su atención los débiles gemidos de unos perritos nuevos, al parecer recién nacidos. Paty quiso ir a verlos y yo accedí, pues no vi ningún inconveniente en ello.

Los perritos seguían aullando dentro de una caseta, y lo hacían tan agudamente que más parecía el gorjeo de los pájaros nuevos cuando empiezan a ejercitar sus

alas al borde del nido. Paty, arrebatada de entusiasmo y de curiosidad, me suplicó:

—Papacito, quiero ver esos perritos. Déjame asomarme a mirarlos.

Y, antes de que yo alcanzara a darle mi consentimiento, se desprendió de mi mano y corrió ágilmente hacia la perrera.

Fué un instante tan breve que casi no pude percartarme cómo se produjo el episodio más dramático de mi existencia. Mi chica asomó primero su cabeza a la perrera, y, fascinada por la belleza de los tiernos animalitos, se inclinó para coger uno de ellos y darse el placer de acariciarlos. Y, en ese momento, [me espanta aún recordarlo! la madre, aquella grandísima perra, saltó furiosa sobre mi pequeña, arrebatándole el cachorrito, no sin darle antes un feroz mordisco en las manos a mi hija.

Casi trastornado de desesperación, apenas atiné a apartar a Paty, de cuya herida manaba la sangre en abundancia. Con ella en mis brazos me dispuse a regresar a casa para proceder a curarla, cuando me alcanzó la señora Graft para decirme cuánto lamentaba ese desdichado contratiempo. Me aseguró al mismo tiempo que la perra estaba sana y que, aparte del daño del momento, la herida no tendría ninguna consecuencia.

Al llegar a casa, no es para descrita la consternación de Leonor y de todos nuestros parientes. Lloraban y se dolían con frases tan patéticas que aquello

se convirtió en un verdadero funeral. Yo, que tenía un espantoso susto, creí prudente derramar también unas lágrimas para no desentonar. Pero en seguida traté de buscar los medios más expeditos para cerrar la herida de Paty.

Vino el médico de la casa, y éste, después de reconocer la herida, recomendó la intervención de un cirujano cuyo nombre nos indicó. Afortunadamente el cirujano estaba en su domicilio y acudió prestamente a mi llamado telefónico. Después de curar a Paty, se volvió a mí para decirme con aire grave:

—Hay que llevar a la niña al Instituto Bacteriológico, para que le apliquen una serie de inyecciones antirrábicas. De otro modo su vida está en inminente peligro.

—Doctor—le observé tímidamente—me aseguran que la perra no ha estado nunca hidrófoba. Es un animal muy tranquilo. Ha mordido sólo guiada por el instinto de defender su cría. Además, a esta chica es un verdadero problema colocarle una inyección.

—Bien, mi amigo—me repuso el médico encogiéndose de hombros—. Usted sabrá lo que hace, empero, yo no puedo dejar de recétarle las precauciones del caso. Es a usted a quien debe importarle más que a nadie la vida de su hija.

¡Qué problema, Dios mío!

Mi mujer y toda la parentela fueron de opinión de ajustarse a los consejos del médico. Yo estaba en un pavoroso trance, pues conocía bien los caprichos de

Paty, y por otra parte estaba cierto de la sinceridad de mi vecina. Eso sí que en verdad, eran esos momentos de cruel incertidumbre que me hacían vacilar. Finalmente, resolví llamar al médico internista para consultarle el caso.

Este, dictaminó de que se hiciera examinar a la perra. Y así se hizo rápidamente. La perra estaba sana. Cuando oí aquello, di un gran suspiro de alivio y de alegría.

Pero la dicha es muy fugaz en este mundo. El médico bacteriólogo, después de dar aquel fallo, acerca de la salud de la perra, agregó:

—No obstante, es preciso no olvidar que según la teoría de Pasteur, «aunque el perro no resulte hidrófobo, puede estarlo en el momento de morder». De suerte que la prudencia aconseja colocar la vacuna antirrábica a la persona mordida antes de enterar los tres días siguientes.

Recordé en ese momento con un temblor de espanto, el fallecimiento de aquel vecino nuestro de la calle Bulnes. Había muerto víctima de la mordedura de un perro, a la cual no se le dió ninguna importancia. Fué casi un rasguño que ni siquiera le rompió el pantalón. Y sin embargo el pobre muchacho de diecinueve años sufrió los más espantosos padecimientos antes de morir presa de un arrebató de locura.

Ese recuerdo me congeló la sangre de terror. ¡Qué hacer, Dios Santol No supe en ese instante de tan

cruel ansiedad de donde saqué fe para pedirle que me iluminara.

¡Cosa más rara! Aquellos días Paty se sintió maravillosamente. Comió como un sabañón. Nunca en sus juegos demostró mayor alegría. Un leve tinte rosa se asomaba en sus pálidas mejillas. ¿Sería la excitación del veneno que comenzaba su horrible acción maldita?

Paty no quería someterse a que le colocaran una inyección. Y yo, sólo de pensar en las consecuencias de mi desidia, me quedaba paralizado. Ya estábamos en el tercer día del terrible plazo. Había que adoptar una resolución. Decidido a ello y pensando en la manera de ingeniármelas con Paty, subí al tranvía para dirigirme a mi casa.

Apenas me senté, alguien que iba a mi lado, y en quien no reparé a causa de mi preocupación, me golpeó en la rodilla amistosamente.

—¿Qué hay, don Antonio, cómo va esa salud?

Era un farmacéutico amigo mío a quien no veía desde mucho tiempo. Un hombre buenísimo y cordial. Me desahogué con él, refiriéndole aquel malhadado suceso que me traía atormentado. Me oyó atentamente preguntándome algunas pormenores, y por fin me dijo:

Esté tranquilo, mi amigo. Y duerma esta noche como en sus mejores días. No le pasará nada a su niña. Si eso es de lo más común en las perras que están criando. Además el animal no insistió en morderla. No es nada. Duerma tranquilo, mi amigo. Los médicos con su ciencia exageran mucho! ¡Si no lo sabré yo! Figú-

rese usted la experiencia que tengo en estas cosas. La ciencia es el amparo de la humanidad, pero en su nombre se cometen muchos errores.

Mi amigo boticario era un excelente sujeto. Sin embargo, yo sabía esquivarle el cuerpo, porque me daba unas latas espantosas cada vez que me encontraba. Mas, aquella tarde con qué placer le escuché! Hasta le hubiera pedido de buena gana que me siguiera dando su conferencia que en aquellas circunstancias era tan reconfortante. Y cuando se despidió, yo me fui, dándole las gracias con ese fervor de los fanáticos, cuando creen que la divina luz del milagro los ha tocado.

¡Qué alivio tan grande, qué sensación de calma experimenté en los días que sucedieron a aquellos tan atormentados! Procuré distraerme y echar al más completo olvido esas penosas incidencias. Sin embargo, no podía olvidar que el plazo de los diez días aun no transcurría. Era ése el límite máximo en que debía estallar la enfermedad. Después ya venía la certeza absoluta de que todo aquello no había sido sino un mal sueño. Yo observaba a Paty, tratando de no transparentar ante los demás mi recóndita inquietud. Y la veía mejor que nunca. La primavera seca, con un hermoso tiempo, allí en el barrio alto, obraba como un tónico estupendo en su organismo.

La noche del décimo día nos fuimos temprano a la cama. Con el fin de dormir de un tirón y amanecer con el corazón rebotante de alegría. A la hora de comida bebí varios tragos, más de los acostumbrados. Y

me aconteció todo lo contrario de lo que me proponía. Excitado tenía la cabeza despejada, y ni el más leve indicio de que el sueño llegaría a darme el descanso. Así pude oír cómo todos dormían en la casa. Mi hermana en la pieza del lado lanzaba un breve ronquido, y luego se detenía como asustada de haber metido ruido. Una de mis sobrinas se daba vueltas exhalando grandes suspiros, y después hablaba entre dientes como si discutiera sobre algo muy desagradable. Y mi esposa, mi adorada Leonor, dormía un sueño tranquilo, respirando sin agitación, como quien tiene la salud en buen estado y la conciencia en paz. El reloj, a ratos, —no podía hacerlo siempre— daba sus lentas campanadas, y de improviso advertí que eran las dos de la madrugada y el sueño no venía. A Paty ni siquiera la oía respirar. Dormía como deben dormir los ángeles, si es que los ángeles duermen, o como un pájaro.

Es espantoso el insomnio, pero más lo es cuando una tensión nerviosa nos acicatea el espíritu. Me puse resueltamente a cavilar en que mis temores eran absolutamente infundados, y que ya nada los justificaba.

Y de repente, un agudo chillido de Paty me sacó de mis penosas reflexiones. Como un resorte que se suelta corrí a verla, y cuando encendí la luz la encontré sobre su camita, con la carita contraída y las manos en la actitud de un gato enfurecido. Con la voz despedazada y el alma pulverizada, no sé cómo saqué fuerzas para preguntarle:

—Linda, ¿qué te pasa? ¿Qué tiene la niña preciosa?

Aquellas palabras parecieron incitarla más, enrojeciéndole el rostro. ¡Ay de mí! Yo era un criminal. Era el culpable de la muerte de mi hija. Fué tal mi aflicción que me puse a llorar. No supe cómo se unieron a mi desconcierto, mi mujer, mi hermana y mis sobrinas. Sollozábamos todos, deplorando la horrible desgracia que se avecinaba. Y Paty, con las manos crispadas y el rostro cada vez más encogido lanzó un verdadero alarido, que nos hizo recordar el aullar de los perros. ¡Qué horrible momento aquél!

Pero de inmediato, como si el eco de su propia voz la hubiera asustado, se calló para abrir los ojos desmesuradamente y decirnos con su voz más dulce:

¿Y por qué están llorando ustedes? ¿Acaso creen que estoy enferma? ¡Si no tengo nada papacito!

Nosotros, con el alma en suspenso, no nos atrevíamos a interrogarla temiendo provocarle otro estallido de hidrofobia. Y entonces, Paty, nuestra amadísima Paty, soltó la más encantadora de sus carcajadas, añadiendo con su mohín regalón.

—Papito, si es que me hice pichí en la cama. Por eso me dió tanta rabia.

Afortunadamente, de esto ya hace unos doce años. Hoy también es 23 de octubre y hace como aquel día, un tiempo delicioso en este Barrio Alto. Acabo de ver a Paty que, con las mejillas encendidas y su

pelo al viento, cruza velozmente en su bicicleta ante la reja de nuestro jardín.

Tenía razón ese buen sabio, ese médico que me decía que los niños cambian tanto, aún aquellos más raquíticos y de endeble apariencia...

¡La ciencia, la ciencia!... ¿Qué haríamos sin ella?